

Editorial

TEORÍA POLÍTICA EN LA SOCIEDAD VIGILANTE

MUCHOS PROFESORES de ciencia política comienzan sus clases asentando en la conciencia de sus alumnos que la vida es una lucha continua. Consideran necesario convencerles de esto, que para ellos es obvio, con el objeto de hacer comprensible todo lo que explicarán a continuación.

La convicción de que la vida es una lucha es hermana de otra más honda y severa que mantiene que la existencia humana no es más que una guerra contra la naturaleza y de todos contra todos. Una pugna que se ha de mantener bajo control con las leyes, las instituciones y los hábitos políticos instalados en una cultura. Términos tan imaginativos como el de *estado de naturaleza* son el fundamento de la sobria ciencia empírica, aun cuando la vaguedad de su origen incierto y su paternidad dudosa conviertan a este concepto en algo intrigante y misterioso.

La afirmación de que la vida contiene siempre una cantidad de guerra, la *internal war* del Proyecto Camelot de los años sesenta y setenta, permite ver la política como magnitud esencialmente compatible y parte de un *continuum* escalar con lo bélico. Si la guerra es lo mismo que la política, pero con otros medios, eso quiere decir que inversamente la política no es más que una presentación benigna de una realidad brutal incesante.

Hoy puede decirse que esta convicción se ha convertido para muchos en axioma, por eso no pueden esperar más allá del primer día de clase para declarárselo así a los alumnos. Esta *verdad establecida* poco a poco se ha convertido en el substrato de todo el pensamiento ideológico contemporáneo.

Sin duda es la que rezuman muchos discursos de políticos y artículos de periódicos.

No obstante, la teoría política moderna empieza a identificar esta manera de pensar como parte de lo que hoy se identifica como sociedad gótica, esa sociedad vigilante que se gestó en el occidente de Europa —es decir el territorio entre La Borgoña y el Rin, Inglaterra y la península ibérica—, de donde surgiría esa franquicia tan valiosa y triunfante en el mundo moderno que es el Estado. Una sociedad gótica que puede identificarse por su hipertrofia de la vigilancia en la vida del ciudadano, su inclinación a lo ejecutivo, su apuesta por las soluciones finales y su identificación de actividad mental con pensamiento.

Quizá mejor debamos decir que fue necesario preparar una sociedad vigilante para luego establecer el Estado occidental. Esta sociedad se caracteriza por varios puntos centrales que se ejercen como axiomas: (i) *la vida es una guerra incesante*, una lucha continua, vivir es prepararse para la lucha; (ii) *el saber es poder* y por ello la pedagogía y sus instituciones caen inevitablemente en el campo de lo político y sus pugnas; (iii) *lo esencial de la vida es el tiempo de vigilia*, la letargia es asociada a pérdida de vida y directamente considerada tiempo flojo, necesario en un mínimo, pero a todos los demás efectos improductivo; y (iv) *el tiempo histórico y la acción humana están sometidos al principio de identidad aristotélico*, la vida fluye siempre hacia adelante y, más pronto o más tarde, inconfesadamente hacia abajo.

La identificación de esencias entre la guerra y la política ha dado lugar a consecuencias indeseadas. Para empezar abre la vía a que se pueda alterar cualquier elemento de la vida democrática con el argumento tan sencillo de que, en caso de guerra, *todo vale*. Sólo hace falta convencerse de la *necesidad del momento* para introducir la excepción. La corrupción política, ubicua en las democracias, llega a justificarse como algo funcional, un fenómeno que engrasa la maquinaria del sistema.

La unión de guerra y política como algo no *contingente* sino *inherente*, invita al historicismo a que certifique que en el pasado esto era así siempre.

La situación de desconcierto en la que se halla la ciencia política se debe quizá a que el hundimiento de las ideologías románticas no ha traído consigo una visión amplia del asunto. Por eso no es extraño que se comience a cuestionar la validez actual de ese Estado que ha culminado su mundialización. Quizá la insistencia en el institucionalismo tenga algo que ver con esa necesidad de hacer una genealogía del Estado que nos aclare algo más sobre la sociedad que lo produjo.

Se empieza a leer que la sociedad vigilante que produjo aquel formidable instrumento de la política lo hizo a partir de ciertas tergiversaciones y alteraciones de la vida democrática que no son precisamente intrascendentes. Tucídides no hubiera aceptado que la guerra y la paz admiten una misma lógica, ni Titus Livius hubiera confundido un juez con aquellos *arbitri moderatoresque* de los que nos habla en su *Ab urbe condita*.

Por su parte, en *La guía de perplejos* Maimónides insiste en varias ocasiones en que conocimiento no es lo mismo que poder. Él reitera una y otra vez que en el único lugar en donde ambas cosas se funden es en Yaveh, por lo que el lector deduce inmediatamente que cualquier intento humano de identificar ambos en este mundo pone al hombre al borde de la idolatría y de la omnipotencia.

Hay muchos indicios en el mundo actual de que la sociedad gótica que produjo aquella sociedad vigilante aún está vigente. Igual que su implantación en Europa en el siglo trece puede rastrearse siguiendo el reguero de las catedrales góticas, también el mundo moderno nos ha dejado hitos en las diversas caras de lo que ha sido probablemente un mismo proyecto. Diversas facetas, todas ellas surgidas de un mismo planteamiento.

El siglo veintiuno esta permitiendo aflorar un nuevo tipo de ciudadanía que resulta incomprensible e inasimilable por la sociedad gótica y son muchos ya los gestos de sus artistas y las disfunciones de sus gobiernos que nos hacen pensar que estamos en un momento especial de su ciclo de vida.

La desesperación de la ciencia política con la proliferación de la corrupción en medio de todo tipo de convicciones religiosas o ideológicas, en todos los ámbitos profesionales y administrativos, ha llevado a algún pensador como Cornel West a formular la sospecha de que la democracia contemporánea tiene algo de gansteril.

Quizá debamos preguntarnos sobre ese círculo sin salida que une los puntos *principio de jefatura-sociedad liberal-republicanismo-desorganización revolucionaria-autoritarismo-rigidez conservadora* y que en la sociedad gótica se ha repetido y presentado con distintos términos y escenografías.

La desorientación actual de la ciencia política se nota sobre todo en una incapacidad de diálogo entre la teoría y la práctica. Si la ciencia siempre presenta una doble faz de (i) teoría e (ii) ingeniería, y así se ha instalado en cualquier ciencia moderna, en la ciencia de lo público parece como si ambas actividades fueran enemigas la una de la otra; como si ambas se negasen mutuamente la razón de ser, se disputasen el terreno académico de forma sospechosamente excluyente y, desde luego, se despreciasen sin disimulo.

El intento de algunos teóricos de aportar una cierta teoría empírica útil para llevar a cabo el trabajo de campo (frente a las atufadas especulaciones de gabinete de los teóricos y los historiadores de las ideas) parecía que iba a permitir la reconciliación de ambas ramas del saber político. Lo cierto es que se ha vuelto de nuevo a las posiciones encontradas y de rechazo, más o menos marcado, que se venían cultivando tradicionalmente.

Es posible que este fracaso de la ciencia política tenga que ver con un defecto implícito de la sociedad gótica. Afortunadamente la ciencia del siglo veintiuno

no ya no quiere limitarse a buscar en los rincones de esa sociedad y exige una apertura nueva. Eso ha significado la reapertura del caso de la retórica con las geniales aportaciones de Walter Ong, la recuperación de Marco Fabio Quintiliano, Giambattista Vico, la tradición retórica mediterránea o la pedagogía sefardí que implican un concepto de ciudadano mucho más completo y profundo. Se está indagando así, a partir de tradiciones literarias y líneas de pensamiento que han resistido a la conformidad, en un mundo que se ha perdido —al menos, del pasado que ha llegado hasta nosotros. Esperemos que esta arrancada de la teoría política nos traiga esa renovación que la ciencia de lo público está añorando. Una teoría que nos permita entender mejor lo que nos está ocurriendo y que ayude a producir investigación que pueda servir para la ingeniería pública.

JAVIER ROIZ